



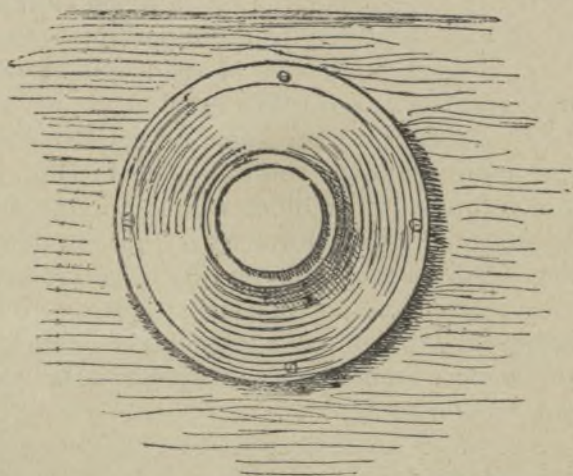
SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

24 de mayo de 1890

Núm. 134

EL TIMBRE



ELÉCTRICO

El doctor H..., gran sabio,
como es sabio y es doctor,

adopta para su puerta
esta moderna invención.



Un repostero, obligado
no se sabe á qué favor,

al doctor manda un presente
de su composición.

UN RATO DE CHARLA

TRESCIENTAS personas se quedaron á dormir al raso en la calle de Alcalá, á pesar del frío que se sentía, al objeto de ser de los primeros en adquirir localidades para la corrida de toros en que Frascuelo debía despedirse del público. »

—«Diez y seis mil ejemplares de unas coplas ó romances titulados *Despedida de Higinia Balaguer y de Dolores Ávila* se han vendido estos últimos cuatro días.»

¡Digo que retebién! Así se adelanta en la resolución del problema social. Por supuesto que la beatífica tranquilidad que demuestran esos hechos reza sólo con el buen pueblo de Madrid, que en otras partes dista mucho la Magdalena de estar para tafetanes.

Yo, patrono, me guardaría muy bien de conceder ni un minuto de trabajo á los que compraron los romances de la Higinia y la Dolores y dormitaron al raso para comprar billetes de la corrida de toros. La razón que se da para obtener las ocho horas es á fin de poder vivir la vida de los hombres; pero desde el momento en que la tal vida queda reducida á ir á los toros y á enternecerse por la asesina, ladrona é incendiaria de la calle de Fuencarral (tal consta de la sentencia) el pacto queda destruido.

¡Al diablo se le ocurre en estas circunstancias estar para toros!

¡A fé que para toros estamos!

.....
Y todo sigue por el estilo.

En las Cortes están discutiendo los señores diputados un proyecto de ley relativo al trabajo de los niños. En este proyecto se establece que habrá cierto número de inspectores *retribuidos*, y la Comisión de presupuestos se niega á que se retribuya nada, diciendo que dicho servicio debe desempeñarse de Valdepeñas.

¡Oh qué gran país!

¡Oh qué gran nación!

Conque ¡los cargos de inspector de fábricas, talleres y obradores en que trabajan niños, para ver si se cumplen con todo rigor los preceptos encaminados á mejorar la condición de aquellos trabajadoritos, ha de ser de gorra? ¡Pues entonces...!

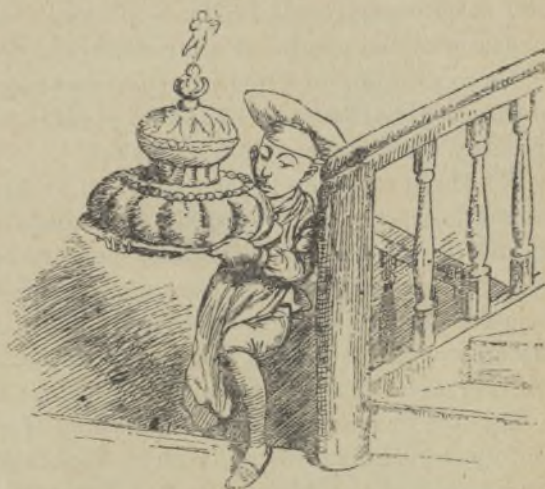
.....
Y á propósito de lo que decíamos antes: el distinguidísimo redactor de *Le Figaro*, M. Emilio Bergerat (*Caliban*), uno de mis ídolos, escribió el otro día un artículo, que con decir que es suyo queda suficientemente en-

salzado, con el título de *La huelga de los bachilleres*. No hay tal huelga, por supuesto; pero él la supone. Los bachilleres, con sus diplomas blancos, se dirigen en manifestación á los *Poderes públicos* para pedir que les vuelvan los cuartos que les costó aquel papel ó les den en cambio un azadón ó cualquier herramienta, visto lo poco de que les sirve el bachillera-to ó, por mejor decir, la bachillería. ¡Y eso lo dice un parisiense! Pues si en el llano nieva, ¿qué será en la sierra? ¡Pues si Emilio Bergerat, que se escandaliza de que los bachilleres acaben su gloriosa carrera por ganar tres francos treinta y tres céntimos diarios, conociera á nuestros doctores y licenciados, que andan á la greña por igual suma, y aun apechugarían con todos los cargos gratuitos *inspectorales* que se les quisiera regalar!

Ello es que eso está muy mal y se impone una reforma completa. Estamos hartos de bachilleres en artes y de licenciados y doctores que ni pueden saber nada (según la manera como se les enseña), ni son capaces de otra aspiración que chupar del presupuesto. Es preciso que la clase media se resuelva á olvidar todo resabio de hidalguillería y no vacile en colocar á sus hijos en las fábricas y talleres y en educarles para ello. Así, en vez de ponerse la clase media de parte de los explotadores, debería coadyuvar al mejoramiento de la condición del obrero, ya que sólo confundiéndose en esta categoría podrá salir de su estado de pobre lingote colocado entre el yunque y el martillo. Es preferible ver al hijo de un abogado ó de un médico trabajando en un oficio mecánico que verlo correr desalado, hecho todo un doctor, en busca de tres pesetas, ó menos.

Las cosas han llegado á tal extremo que hay que abandonar definitivamente el funestísimo camino emprendido por las masas mesocráticas.

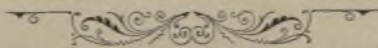
Siempre vuestro,



Con sumo cuidado y tiento
llega el pinche embajador,

subiendo el sagrado encargo
cual si subiera el copón.

ANTOÑITO



FLORES DE MAYO

ESTAMOS en las postrimerías del más poético y celebrado de los meses del año, del que ostenta en los cuarteles de su escudo flores de variados matices y pájaros de brillante plumaje, azucenas, símbolo de inmaculada pureza, y ancho campo de azur sembrado de estrellas de plata.

Mayo es el mejor y más alabado de todos los períodos del tiempo, porque no sólo es el corazón del año, sino el alma, el amor de la primavera, esa bellísima y sin par mensajera del estío.

En Mayo se abren todas las flores, y flores son también los corazones de los hombres, con sus aromas de esperanzas y sus matices de ilusiones y sus espinas de desengaños. Para los españoles dignos de la patria, es asimismo el mes de los grandes y conmovedores recuerdos, el mes de las prodigiosas victorias, el de los sublimes apoteosis y de los mil y mil mártires; mes que evoca á la memoria, aun de los más indiferentes, fechas memorables que constituyen la grande epopeya de nuestra gloriosa independencia.

En otro orden de sucesos es también el mes de las justas poéticas, el prefijado por los amadores de la gaya ciencia para celebrar los legendarios Juegos Florales y cantar en ellos á la Patria, á la Fe y al Amor; el de las fiestas hípias y de las exposiciones de Bellas Artes, y, sobre todo, el mes por excelencia de las fiestas religiosas.

Si los paganos lo consagraban con todos los ritos y formas de su alegre culto á la diosa Maya, el mundo cristiano lo consagra, á su vez alegre, pero casto, piadoso, ideal, puro, purísimo, á la Madre del Amor Hermoso. Esta devoción tierna y simpática reúne todas las tardes en nuestros templos una fervorosa multitud ávida de ofrecer á la dulce Virgen las místicas flores de su piedad; y en determinados días, en el de mañana Pascua particularmente, acerca por vez primera á la sagrada mesa gran número de niños de ambos sexos, delicados capullos que se confortan con el Pan de los ángeles antes de romper en flor.

La piedad es el aroma que las satura, lo sólo que las embellece y avalora, lo que las distingue y da categoría entre las otras flores faltas de todo perfume, y, por consiguiente, de toda belleza real y positiva. ¡Qué mucho, pues, que entre la gran diversidad de fiestas que se celebran en el transcurso de tan poético mes, la de la Primera Comunión de los niños sea la de más permanente y duradero recuerdo! Todo se borra, todo se olvida y desaparece en esta vida: todo menos las satisfacciones internas, las que elevan el espíritu hasta ponerlo en comunicación con lo sobrenatural y divino. De ahí que, de las infinitas flores que nos ofrece Mayo, las que reporta la Primera Comunión sean las solas de inextinguible lozanía, las únicas que resisten al tiempo y á su destructora acción. ¿Sabéis por qué? Porque son flores internas nacidas en el

jardín del alma, y la piedad el ánfora que las contiene, y el rocío de la fe lo que las sustenta y da color.

Nada tan natural, pues, como que á la efectuación de tan señalado acto se imprima inusitada pompa, esplendorosa solemnidad; que se vista la iglesia con sus más brillantes y ostentosas galas, y se alfombren con flores los altares, y entre oleadas de luz y ráfagas de divina armonía brillen los templos con los mágicos cambiantes de grutas talladas en diamantes.

Todo es bello, todo reviste sencilla grandiosidad en esta conmovedora fiesta tan grata á los ojos de Dios como al virginal corazón de los niños que cual bandadas de nítidas palomas llegan por primera vez al pie de la sagrada Mesa, inundado el pecho por dulce y celestial afecto hacia la más santa de las vírgenes, á la que rinden como holocausto de su piedad las flores más primorosas y delicadas de su devoción.

El reinado de las flores de Mayo es muy efímero: dura sólo el espacio de una mañana. Tan sólo el de las flores de la virtud es positivo, ya que, nacidas y desarrolladas en el alma, como el alma son inmortales.

BENJAMÍN



Llega á la puerta é, inocente, ¡no sospecha él los misterios
va á tirar del llamador: de la civilización!

LAS BELLAS ARTES Y LA MORALIDAD

YA en otra ocasión hemos hablado á nuestros pequeños lectores de lo bello como medio de ser buenos ó morales, que es igual. Y ahora debemos decirles que un medio de realizar y hacernos gustar la belleza es el que nos ofrece el Arte ó, mejor, las *Bellas Artes*, que por lo mismo nos ayudan también á ser buenos.

Antes de engolfarnos en mostrar esto, conviene que digamos á nuestros lectores siquiera no sea más que cuatro palabras acerca de lo que son las *Bellas Artes*.

En general se llama Arte á la manera especial de hacer una cosa mediante la actividad convertida en habilidad y con un *fin* determinado. Cuando este fin consiste en realizar la belleza, decimos que el arte *es bello*. Son, pues, las Bellas Artes las que tienen por objeto la realización ó manifestación de la belleza, pero en forma exterior sensible, es decir, de modo que las obras que se produzcan por ellas las podemos apreciar por la vista ó por el oído.

Las Bellas Artes que podemos apreciar por la vista se denominan ópticas ó del espacio, del diseño, gráficas y plásticas, y del dibujo, y son: la Arquitectura, la Escultura y la Pintura. Las que estimamos por el oído se llaman acústicas ó del sonido, y son: la Música, la Declamación y la Poesía ó, mejor, la Literatura. De las artes nombradas, particularmente de las ópticas, se derivan muchas otras que por tener como fin lo *útil* en más ó menos escala, según sucede por ejemplo con la Ebanistería, la Platería, el Grabado, la Cerámica, la Jardinería, la Fotografía, la Litografía, el Bordado, la Encajería y la Gimnasia, se denominan *bello-útiles* ó meramente *útiles*.

Prescindamos de todas estas y concretémonos á las Bellas Artes, que son las que más importa considerar para nuestro objeto.

—¿Qué tienen que ver,—preguntará tal vez alguno de nuestros más impacientes lectores,—la Arquitectura, la Escultura, la Música y la Poesía con ser uno bueno?

A primera vista no parece, en efecto, que haya relación alguna entre una y otra cosa; pero para las personas que observan, que piensan y que reflexionan, no deja de haberla.

Recordemos, ante todo, que dichas Artes consisten esencialmente en realizar cosas bellas, que produzcan en nuestro ánimo impresiones bellas, y no olvidemos que, como mostramos en el lugar á que nos referimos al principio de este articulejo, lo bello y lo bueno andan unidos, induciendo lo primero á lo segundo por la pureza y el desinterés que entraña y que comunica al alma que lo contempla.

Al purificar y ennoblecer el alma mediante los efluvios que emanan de lo bello, las Bellas Artes ennoblecen la vida toda, procurando al espíritu esparcimientos tan honestos como placenteros y desviando insensiblemente á muchas personas de distracciones ilícitas á la vez que nocivas para la salud del cuerpo y del alma.

De aquí que haya que tener como una verdad de á folio el aforismo vulgar por el que se declara que las Bellas Artes mejoran y dulcifican las costumbres privadas y públicas.

Esto aparte de lo que embellecen la vida por los encantos de que la rodean y de que no pueden disfrutar los que no conocen ó no saben apreciar los dulces placeres que las Bellas Artes proporcionan, con lo que hacen que esa misma vida nos sea más amable, tenga mayores atractivos. De aquí que esté también muy justificada la siguiente proposición de un escritor contemporáneo y de sentido tan práctico como lo son sus conciudadanos los ingleses:

«Si consideramos la educación como un medio de hacer dichosos á los hombres, debe ciertamente comprender el conocimiento de las Artes.»

A lo que añade otro filósofo inglés:

«Sin la Pintura, la Escultura, la Música, la Poesía, y las emociones producidas por las bellezas naturales de toda especie, perdería la vida la mitad de su encanto.»

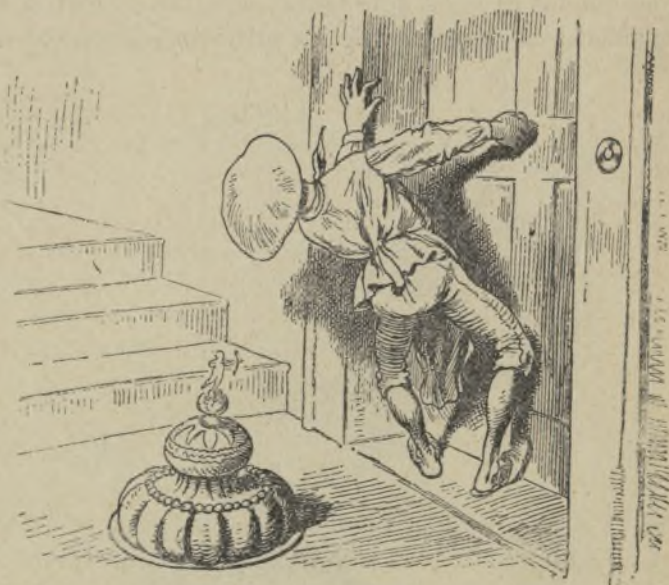
Y hé aquí cómo da á conocer otro escritor los efectos beneficiosos y moralizadores que producen en nosotros las Bellas Artes:

«La Música transmite al alma no sé qué contagio de orden y de armonía. La Poesía nos eleva, nos encanta por sus inspiraciones más precisas; nos conmueve de admiración por todas las bellas obras que celebra y que propone como modelos al entusiasmo que excita en nosotros.»

Y añade:

«Á los que nieguen la influencia moralizadora del Arte, que no quieran comprender cuán poderoso es éste para purificar y ennoblecer las almas, podríamos responderles que los sentimientos estéticos (que son los que despiertan en nosotros la contemplación de lo bello) son por sí mismos buenos, nos procuran goces exquisitos, saludables y sanos, y son buenos también porque reemplazan á otros sentimientos y sustituyen á placeres inferiores, de un orden puramente material, en los que se pervierten las costumbres y se envilece el corazón.»

Merced al influjo moralizador declarado en los anteriores párrafos y reconocido por el sentido culto de todos los tiempos, se procura en todas partes difundir el gusto por las Bellas Artes, cuyo conocimiento se trata hoy de llevar á las escuelas primarias á fin de que los niños aprendan á apreciarlas y se habitúen desde pequeños á saborear los deleites dulces, puros y apacibles que proporcionan, á la vez que reciban una educación liberal y elevada cual corresponde á nuestro tiempo.



Como el llamador no cede,
en tierra el plato dejó,

y vuelve, tira que tira,
sin que ceda el llamador.

«Mostrar á los niños y á los adolescentes, — se ha dicho y se repite todos los días,—bellas esculturas, bellos cuadros, bellos edificios, es un excelente medio no sólo de desenvolver en sus espíritus el sentimiento de lo bello, sino de imprimir á su educación general un carácter elevado.»

Y lo propio puede decirse respecto de la Poesía y especialmente de la Música, que los griegos, que tanta importancia dieron á la enseñanza artística, consideraban como uno de los primeros elementos de la educación: porque



Pero es el pinche obstinado,
cabezudo y porfión,

y ha de hacer que suene el timbre,
que quiera el timbre ó que no.

Temístocles no sabía cantar, tenían los atenienses por descuidada la que había recibido, y en Atenas estaban obligados á aprender la Música todos los ciudadanos. Hasta para que éstos aprendiesen las cosas que no debían ignorar, se valían los griegos de la Música: así, por ejemplo, para popularizar los espartanos las leyes del gran Licurgo, hacíanlas cantar en verso á la vez que los poemas del inmortal Homero.

Suponemos que ya habrán comprendido

nuestros pequeños lectores por qué consideramos las Bellas Artes como un medio de moralizar ó hacer buenas á las gentes, y que lo tendrán muy presente.

No olviden que el gusto por la Música, por la Poesía, por la Pintura, por la Escultura y demás Artes, á la vez que será para ellos manantial perenne y abundoso de puros deleites que contribuirán sobremana á embellecer su vida matizándola de inefables encantos, les servirá cuando sean hombres para desviarlos de la taberna, de juegos ilícitos y ruinosos, de diversiones deshonestas, de malas compañías y de otras cosas por el estilo, que, cuando no dan por resultado estragar el gusto por serlo ellas del más fermentado, contribuyen á pervertir los sentimientos, á relajar las costumbres y á denigrar física y moralmente á los que á ellas se entregan.

Por todo ello son las Bellas Artes la ocupación mas adecuada, más inofensiva y más fecunda en beneficios positivos que pueden escoger los niños y los

hombres que aspiren á ser buenos, toda persona bien sentida, para llenar los ratos que todos tenemos necesidad de consagrar al recreo, y no echarse en brazos de la ociosidad, que al fin es madre de todos los vicios, ni ir á buscar placeres insanos para el cuerpo, el corazón y el alma.

P. DE ALCANTARA GARCÍA

ANDRÉS «EL MORENITO»

ANDRESITO era el hijo único que tenía la portera de una casa en donde viví por espacio de ocho á diez años. Le cuidaba con esmero á pesar de *sus pocos posibles*, como ella decía; y lo que más anhelaba su pobre madre era que su niño llegara á comprender en el colegio ese *intrínquilis* de las cuentas y ese garrapatear de la escritura. Así es que, á fuerza de hacer sacrificios, le pudo mandar á una escuela de pago, donde no tardaría en distinguirse; porque Andresito era listo, ¡vaya si lo era!

Una vez que su madre le pudo dedicar á estudiar, le aseaba por las mañanas con mucho cuidadito, procurando no le faltara ningún botón de la americana que le había regalado una vecina, de uno de sus chicos, porque á ellos ya no les servía. Le levantaba á las ocho, y después de lavarle y peinarle le mandaba al colegio, con sus libritos sujetos por una correa que él destinaba después á otra cosa que le agradaba mucho más que los libros. Su madre le despedía desde el portal dándole un entrañable beso, y sin separarse de la puerta le contemplaba hasta que se perdía doblando la esquina de la calle inmediata, que, si no recuerdo mal, era la de Hortaleza.

¿A dónde pensáis que iba Andresito después que dejaba á su madre completamente entusiasmada y creyendo que su hijo sería muy luego un maes-



¿Sonó el timbre? No, señores; y... presente está el estrago pero se rompió el botón que su rotura causó.

tro? Pues no iba al colegio, ni mucho menos; pero, en cambio, se dirigía al Retiro, donde le esperaban sus compañeros de holgazanería, dispuestos á correr el toro durante toda la mañana. Él era el jefe de cuadrilla, y le llamaban *el Morenito*. Los compañeros de faena hacían alternativamente de toros; pero él nunca, porque, es claro, como espada no se iba á rebajar hasta tal extremo que tuviera que hacer papel tan cuadrúpedo.

—Ya viene *el Morenito*,—decían sus amigos á coro en el instante que le veían asomar por entre una de las calles de árboles y musgo que en tan agradable sitio se entrelazan. Y le salían á recibir dándole vivas y con los pañuelos colocados y recogidos graciosamente sobre el costado izquierdo. Entonces él, con mucha gravedad, les ponía en orden en el toril, del que hacía las veces una rinconada á propósito que allí había, y se preparaban para la lidia. Se daba el paseo correspondiente, la salida del alguacil montado en una caña de escoba con una cabeza de caballo de cartón, y, por último, la salida del primer toro. Andresito le esperaba casi siempre, parodiando á *Frascuelo*, á la puerta del toril, alardeando de serenidad y sangre fría. Le daba un par de recortes y sus compañeros se entusiasmaban. Empezaban los cuchicheos, siempre de elogio, entre sus *peones*; y ellos mismos, sin poderse detener, como arrebatados de entusiasmo, prorrumpían en frenéticos aplausos, que hacían al *Morenito* descubrirse, inclinando un poco la cabeza, seña evidente de agradecimiento y de orgullo. Así seguían hasta que llegaba el momento de matar. Le daban los trastos al joven torero, dirigía un brindis ingenioso y grave á la presidencia, que, aunque nunca la había, él imaginaba, y se disponía á matar á la fiera ó que la fiera le matara á él. Con decidida calma y majestuoso atrevimiento, *el Morenito* llamaba al toro, al cual le daba dos ó tres pases de muleta, y al cuarto casi siempre le daba una media estocada; y el cornúpetas, sin moverse, sin poder dar un paso más, caía exánime á los pies del toricida. Los aplausos duraban cerca de un cuarto de hora, después del cual se recogían los sombreros y algunos cigarrillos y se tocaba el cornetín para que saliera el segundo toro.

Y así se continuaba hasta seis, que duraban próximamente hasta la hora de retirarse á casa á comer. Los sábados decía en fraternal reunión *el Morenito*: —Mañana por la tarde corrida extraordinaria, en la que se lidiarán diez toros y daré la alternativa á *el Andaluz*.—Después de apretones de manos y demás, se retiraban dispuestos á continuar al día siguiente.

La madre de Andresito nada sospechaba de esto, hasta un día que faltó á comer, á cenar y á dormir. Loca de pena recorría las calles de Madrid, llorando á gritos y preguntando á todos por su hijo. Ella daba las señas desesperada; pero ¡ay! ningún transeunte, ningún policía le supo dar razón. ¡Su hijo había muerto tal vez! Esta idea la arrastraba hasta el delirio, y la infeliz se arrancaba los pelos por no poderse arrancar el corazón. ¡Ah! ¡Su hijo! ¡Su Andresito! ¿Dónde estaría? ¿Cómo era posible que se hubiese separado del maternal regazo? ¿Cómo iba á ser cierto que un hijo como el suyo, *tan bueno*,

como ella decía á cada paso que le recordaba, fuera á despreciar el cariñoso beso de una madre, el tierno abrazo que enloquece y quema, por las frías caricias del mundo engañador? No era posible. Andresito habría muerto tal vez en el sitio que menos se pensara. ¡Ah! Cuando en sus ratos de insomnio y soledad horrible le recordaba, corrían por sus marchitas mejillas lágrimas de dolor, lágrimas que significaban todo el cariño que posee una madre hacia un



Búscale el pinche remedio,
pero es inútil su ardor:

¡hojas del árbol caídas
juguete del viento son!

hijo, y exclamaba ahogando sus sollozos:—¡Pobrecito! ¡Te has ido al cielo sin que tu madre te haya dado un beso en tus últimos momentos de agonía!...

Así pasó la portera muchos años, sin olvidar, aunque ya no le recordaba tanto (porque todo se pasa), á su Andrés, á su querido Andresito, que no pareció nunca, viniéndose á confirmar su prematura muerte.

Estaba reflexionando una tarde á dónde iría al día siguiente, que era fiesta, para distraerse un rato y echar una cana al aire, pues ya era hora de que ella gozara, puesto que nunca lo hizo en la juventud. Al fin pensó ir á los toros, puesto que iba á matar un gran espada que por primera vez se presentaba en la plaza de Madrid. Los anuncios y los periódicos aseguraban que el matador era de gran corazón y por lo tanto de mucho arrojo, porque en América, al decir de la prensa de aquel continente, se había ganado numerosos y merecidos laureles. Nuestra vieja heroína jamás llegó á ver toros, y eso que en sus primeros tiempos de amor su difunto esposo la convidaba muchas veces; pero ella se negó siempre, más que por otra cosa porque no gastara cua-

tro ó cinco pesetas en cosa tan insulsa y extravagante. Pero al fin esta vez se decidió por verlos. Dejó al domingo siguiente á una sobrina suya encargada de la portería, cogió sus pocos ahorros y se encaminó muy despacito, porque era muy temprano, al teatro de la fiesta: á la Plaza de Toros. Fué de los primeros en llegar; pero muy pronto una masa informe de carne humana se fué extendiendo por los gigantescos ámbitos de aquel circo, y en muy pocos mo-



A una vecinita cuenta
su fracaso, el marmitón,

y lo frágil de este mundo,
obra perfecta de Dios.

mentos no se veía un claro en los asientos. La brega comenzó, y nuestra portera, asustada al ver aquellos animalotes con tan descomunales cuernos, se tapaba la cara, renegando de la hora maldita en que se le antojó ir á semejante sitio. Los gritos de los que insultan y el ruido de los que aplauden y se entusiasman, volvieron medio loca á la madre de Andresito, que, desesperada de la fiesta, no miraba siquiera al redondel. Al fin llegó la hora de matar. El presidente agitó como siempre el pañuelo, y el silencio reinó un momento después de tanto bullicio. La voz del que brindaba, del héroe de la fiesta, era lo único que se oía. No se respiraba. La gente, deseando ver trabajar al matador, callaba como hipnotizada por la influencia de su palabra. Entonces la portera se atrevió y dirigió la vista á donde todos la dirigían. Un grito, mezcla de alegría y de extrañeza, se perdió en los ámbitos de la plaza, ahogándose al instante en su garganta, como una nota que vibra y se extingue al fin entre el estrépito de las voces y del tumulto.—¡Mi hijo!—se la oyó después

con una voz apagada y dulce, que significaba ese anhelo indescriptible de abrazar al hijo que se creyó muerto.

La pobre madre de *el Morenito*, pues él era el que aquella tarde to-reaba, se desmayó. Y mientras soñaba, le veía en las astas del toro regando con su misma sangre el redondel, lo cual la retenía en un estado nervioso y convulsivo tan terrible que se hacía difícil el medio de sostenerla. El desmayo fué pasando paulatinamente; y cuando se consiguió tranquilizarla, cuando el delirio dejó su puesto á la razón, la infeliz madre tuvo la di-



Más vale maña que fuerza, ¡No se tira, que se aprieta,
y es gran peligro el error, para que el timbre dé el son!

cha de abrazar á su hijo, de unirle á su alma, porque el abrazo de una madre funde los dos espíritus tan sólo con el calor de un beso.

Andresito supo después tranquilizar el dolor y las angustias de la portera, pagando aquellos ratos de amargura con horas de feliz contento, que pasaron con el vendaval de los años; y, al morir de vieja, la pobrecita madre de Andrés sintió expirar en sus oídos el débil quejido de un llanto y apagarse en sus mejillas el abrasado calor de un beso.

R. SÁNCHEZ DÍAZ

COSAS DE ESPAÑA

EL Teatro Español ha muerto. ¿Lo escucháis con gusto? No: lo aseguro. Os parecerá extraño; pero creo que, como yo, cualquiera que sea español, cualquiera que sea nada más un poco patriota, sentirá un verdadero disgusto al oírlo.

¡Ah! ¿Frecuentáis los teatros? ¿Os gustan las obras, si así pueden llamar-

se esas *piezas* que se representan en los teatros de hoy día? ¡Imposible, no, de ninguna manera!

¡Pobre Vico! ¡Feliz Calvo!

Sí, Calvo es feliz, porque si en estos momentos viviese se desesperaría al ver que esas joyas de nuestro teatro dramático son despreciadas, al mismo tiempo que se aplauden á rabiár *El Certamen Nacional*, *El año pasado por agua* y otras muchas del mismo estilo, en las que el autor pone cuatro chistes de mal género, el músico un tango, una polka... y todo lo demás lo hace el pintor escenógrafo y el sastre.

¿Y la zarzuela española?

¿Estamos condenados á no recrear ya más nuestros oídos con aquella música guerrera y patriótica del maestro Gaztambide, con aquella música española y alegre del maestro Barbieri, con aquella melodiosa y dulce de Oudrid y Caballero, con aquella magistral y conmovedora de Arrieta y de Chapí?

Sí: no son esas las aficiones de este público.

Pero los carteles anuncian una comedia traducida del francés, ó canta tal ó cual tiple ó tenor extranjeros, y el teatro se llena; mientras que en el Español ponen las mejoras obras dramáticas, tanto antiguas como modernas, ejecutadas como quizá ya no se verán, y el teatro está vacío.

¿Es acaso lo extranjero mejor que lo nuestro? ¿No podemos llegar nosotros á donde lleguen otras naciones?

Sí.

Sabido es que ha habido y hay genios españoles, envidiados y admirados del mundo entero.

¿No tenemos á Cervantes, Calderón de la Barca y otros muchos en literatura?

¿No tenemos á Bretón en música?

¿No tenemos á Peral en ciencia?

Pero, por desgracia, yo mismo he oído decir á más de un español que el *Quijote* es una obra muy tonta.

FRANCISCO AGUADO ARNAL

LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Al día siguiente partió Juan, como de costumbre, antes de las seis, para ir á su trabajo, mientras que Lorenzo vagaba por las calles sin saber cómo matar el tiempo. Nuestro perezoso gastó en dos días seis sueldos de manzanas y de bollos, y, mientras duró la abundancia, fué muy bien acogido por

sus compañeros; pero al tercer día, habiendo consumido ya la bolsa, hubo de ver tentada su glotonería por algunas nueces, y fué con arrumacos á su padre para adularle, como decía él. Cuando llegó le oyó hablar muy alto y recio y se imaginó que estaría beodo; pero, habiendo abierto la puerta, vió que no se trataba de eso, sino que estaba montado en cólera.

—¡Perro perezoso!—le dijo dirigiéndose á Lorenzo y tirándole de las orejas.—¡Perro perezoso! ¡Mira lo que has hecho! ¡Mira, mira, te digo!

Lorenzo miró tan vivamente como lo permitía su apática naturaleza, y, lleno de terror, de sorpresa y de remordimientos, ayudó á recoger una docena de botellas de cidra de lo mejorcito del país esparcidas por el suelo.

—Te concedo tres días para llevar estas botellas á la bodega y no esperes que yo te ayude á ponerles los tapones. Respóndeme, miserable holgazán: ¿lo harás?

—Sí,—respondió el muchacho rascándose la oreja.

—Pero anda vivo: no te quedes ahí plantado como un estafermo ó como una momia. Toma un par de esas botellas y bájalas.

Pero Lorenzo se mostró tan poco dispuesto, que su padre, fuera de sí, le sacudió fuertemente por el brazo y le puso á la puerta diciéndole:

—¡Siempre habrás de ser un perdido de haragán!

No era propicio el momento para pedir dinero. Lorenzo lo comprendió así y esperó al día siguiente, esperando que su padre sería más abordable. Al día siguiente, pues, viéndole de bastante buen humor, deslízole nuevamente al oído su petición.

El padre, irritado, le respondió:

—No te daré ni un sueldo antes de un mes. Si quieres dinero, trabaja: ya estoy cansado de tu holgazanería.

A estas palabras Lorenzo se deshizo en lágrimas y fué á sentarse al borde de una zanja, donde lloró durante más de una hora. Después de haber llorado así, preguntóse si no le quedaría aún acaso alguna monedita en las faltriqueras. Buscó, y con grande alegría se encontró un sueldo. Al punto se levantó y dirigióse hacia la vendedora. Estaba pesando ciruelas, y, mientras



Llega el plato desdichado á presencia del doctor, y ante aquel montón de ruinas el doctor H... lloró!

esperaba, vió á unos postillones y mozos de cuadra que jugaban á cara ó cruz. Miróles durante algunos minutos y oyó á un mozo de cuadra que decía:

—He empezado con un sueldo y ahora tengo cuatro.

Lorenzo se conmovió al oír aquellas palabras y se dijo:—Puesto que es así y que se ganan cuatro sueldos con uno solo, vale más jugar á cara ó cruz que



Satisfecho y orgulloso,
ya cumplida su misión,

se va el pinche, y aquí acaba
la historia del llamador.

trabajar.—Y, sacando su sueldo, lo presentó al mozo de cuadra, diciéndole que desearía jugar con él.

—Está bien,—respondió éste.—Dámelo.—Y lanzando el sueldo al aire:—¿Cara ó cruz?

La suerte favoreció á nuestro incorregible perezoso, que bien hubiera deseado marcharse para comprar nueces; pero le detuvo el mozo de cuadra, que le pidió el desquite. Esta vez perdió Lorenzo; pero, engolosinado por el apetito de la ganancia y arrastrado por su adversario, jugó toda la mañana, tanto que, ora ganando, ora perdiendo, acabó por tener cuatro sueldos.

—Es muy buena cosa jugar á cara ó cruz,—se dijo.—Otra vez, cuando tenga un sueldo, vendré á divertirme de nuevo y haré creer á mi padre que he trabajado.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Fla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA